

ADOLESCENCIA Y JUVENTUD EN EL URUGUAY. MORATORIAS, MORALIDADES Y DESIGUALDADES



Luisina Castelli
Marcelo Rossal

INTRODUCCIÓN

Desde finales de los años 80 se desarrolla en el país y la región un creciente interés por la adolescencia y la juventud, tanto en la investigación de las ciencias sociales como en los ajustes jurídicos internacionales y su correlato en la realización de políticas públicas en distintos países.

Más o menos desde entonces las edades a proteger, sobre las cuales debe establecerse una “moratoria social”¹ pasan a encuadrarse en tres categorías: niñez, adolescencia y juventud; las cuales, a su vez, no dejan de ser campos en disputa. A la juventud como categoría puramente relacional² se le pone en frente otra que la visualiza en tanto que plena de contenidos, de producción de sentido.³ En esos años se toma conciencia de que las edades son construcciones socio-históricas,⁴ culturalmente particulares, al tiempo que se las ajusta a un conjunto

¹ E. Erikson, “The problem of ego identity”, en *Journal of the American Psychoanalytic Association*, núm. 4, 1956, pp. 56-121.

² P. Bourdieu, *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990.

³ M. Margulis y M. Urresti, “La juventud es más que una palabra”, en M. Margulis [ed.], *La juventud es más que una palabra: ensayos sobre cultura y juventud*, Buenos Aires, Biblos, 1996, pp.13-30.

⁴ P. Ariès, *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus, 1987 [1960].

normativo universal con la Convención sobre los Derechos del Niño (UNICEF, 1989), y se establecen políticas de juventud de alcance global. En Uruguay estos procesos propiciarán la aparición de instituciones novedosas como el Instituto Nacional de la Juventud de Uruguay-INJU.⁵

El afianzamiento de esta institucionalidad promoverá la construcción de los jóvenes en tanto un sujeto social, o varios; pero también tendrá que preocuparse por producir un cúmulo de información estadística que permita no solo establecer comparaciones con la(s) juventud(es) de otros países donde estas políticas se concretaban de formas similares y en conexión con los procesos globales, sino fundamentalmente, valorar el avance de la “moratoria social” en sus diversos planos, especialmente en cuanto a las trayectorias a la adultez, entendida como emancipación.

Los estudios sobre juventudes y trayectorias a la adultez⁶ se enfocaron fundamentalmente en: “[...] salida del sistema educativo, ingreso al mercado laboral, constitución de domicilio diferente al hogar de origen e inicio de la vida reproductiva (hijos)”,⁷ pero también analizaron escenarios de futuro del Uruguay en forma comparativa con Chile.⁸ Los autores analizan la

⁵ En cuanto a institucionalidad orientada a la atención de niñez y adolescencia en el país se produce una serie de cambios de nombre, pues pasa de ser Consejo del Niño, luego Instituto Nacional del Menor (INAME) y, finalmente, Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay (INAU). E. Rodríguez, “Políticas públicas de juventud en América Latina: de la construcción de espacios específicos, al desarrollo de una perspectiva generacional”, en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 1, núm. 2, 2011.

⁶ V. Filardo, “Transiciones a la vida adulta en Uruguay: fractura múltiple expuesta”, en *The Second ISA Forum of Sociology*, 1-4, agosto, 2012; C. Isaconf Filgueira y G. Rama, *Los jóvenes de Uruguay: esos desconocidos*, CEPAL, Montevideo, 1991.

⁷ V. Filardo, “Transiciones a la adultez y educación”, en F. Filgueira y P. Mieres [eds.], *Jóvenes en tránsito. Oportunidades y obstáculos en las trayectorias hacia la vida adulta*, Montevideo, UNFPA-Rumbos, 2011, pp.13-64.

⁸ F. Filgueira, R. Katzman y F. Rodríguez, “Las claves generacionales de la integración y exclusión social: adolescencia y juventud en Uruguay y Chile en los albores del siglo XXI”, en *Prisma*, núm. 21, 2005, pp. 43-64.

juventud uruguaya basados en encuestas de hogares, pero se focalizan principalmente en dar cuenta de algunas características de los adolescentes y jóvenes bajo la línea de pobreza.

En cambio, los estudios que buscan la producción de sentido entre los más jóvenes suelen basarse en métodos cualitativos y reflexionar desde el análisis de las subculturas juveniles y/o tribus urbanas,⁹ pero también van a aparecer estudios sobre movimientos juveniles¹⁰ jóvenes y política,¹¹ relaciones entre juventud y adultez¹² estudios cualitativos sobre género, juventud y violencia¹³ y etnografías sobre la asociación juventud, violencia y delito.¹⁴

⁹ S. Aguiar, "Movimientos sociales juveniles en Uruguay: situación en las últimas décadas y escenarios prospectivos", en *RECSO: Revista de Ciencias Sociales*, vol. 2, núm. 3, 2012, pp. 38-66. V. Filardo [coord.], et al., *Tribus urbanas en Montevideo: nuevas formas de sociabilidad juvenil*, Trilce, Montevideo, 2002. V. Filardo [coord.], et al., *Subculturas juveniles*, Montevideo, Udelar-FCS, 2007.

¹⁰ E. Rodríguez, "La juventud como movimiento social. Elementos para el estudio del caso uruguayo", en C. Filgueira [comp.], *Movimientos sociales en el Uruguay de hoy*, Montevideo, CLACSO-CIESU-Banda Oriental, 1985, pp.199-225; R. Zibechi, *La revuelta juvenil de los 90: las redes sociales en la gestación de una cultura alternativa*, Montevideo, Nordan Comunidad, 1997; S. Aguiar, V. Filardo y otros, "Marihuana, drogas y juventud en el espacio público", en *Aporte universitario para el debate nacional sobre drogas*, Montevideo, Udelar, CSIC, 2012.

¹¹ V. Filardo, L. Celiberti y S. Quesada, [coords.], *¿Qué ves... qué ves cuando me ves? Juventud e integración sudamericana: caracterización de situaciones tipo y organizaciones juveniles en Uruguay*, Montevideo, Grupo de Estudios Urbanos y Generacionales-Cotidiano Mujer, 2008.

¹² V. Filardo [coord.], *Jóvenes y adultos en Uruguay: cercanías y distancias*, Montevideo, Ibase-Instituto Pólis-IDRC CRDI-Cotidiano Mujer-FCS, 2009.

¹³ N. Viscardi, "Trayectorias delictivas y rehabilitación: caminos laberínticos en la configuración de futuro en jóvenes infractores", en *El Uruguay desde la sociología*, núm.4, Montevideo, DS-FCS, 2007, pp. 293-325; N. Viscardi, "Integración perversa: los caminos de la desafiliación en jóvenes marginados", en *RECSO: Revista de Ciencias Sociales*, año XXI, núm. 24, Montevideo, FCS, 2008, pp.73-94.

¹⁴ R. Fraiman y M. Rossal, *Si tocás pito te dan cumbia. Esbozo antropológico de la violencia en Montevideo*, Montevideo, MI-AECID-PNUD, 2009; R. Fraiman y M. Rossal, *De calles, trancas y botones. Una etnografía sobre pobreza, violencia y solidaridad urbana*, Montevideo, MI-BID, 2011.

TRAYECTORIAS EDUCATIVAS Y EMANCIPACIONES

Los estudios de transiciones a la adultez ponen en evidencia las relaciones entre el nivel educativo y la moratoria social. Una emancipación más temprana significa, en general, un nivel educativo alcanzado más bajo, aspecto que está en estrecho vínculo, a su vez, con la reproducción de las condiciones de pobreza. Estas transiciones pueden consumarse al momento en que el joven logra emanciparse del núcleo familiar,¹⁵ pero también, con anterioridad a este hecho, es usual en la población que vive en condiciones de pobreza extrema, que los hijos aún siendo niños adopten prácticas “de adultos” como por ejemplo obtener dinero mediante prácticas de distinto tipo,¹⁶ para llevar al hogar. En estos casos, a su vez, la emancipación entendida como el abandono o salida del hogar del núcleo familiar, suele darse muy tempranamente, siendo generalmente la calle el nuevo espacio a habitar. Al considerar estas trayectorias de vida es importante observar los modos en que las moralidades se enlazan a las prácticas de los sujetos, aspecto manifiesto en la asunción de responsabilidades y posicionamientos en el entramado social; y a su vez, las conexiones que esto tiene con las condiciones extremas en que se dan los pasajes a la vida adulta entre los sectores de mayor vulnerabilidad social. La edad de salida del hogar es un indi-

¹⁵ Es común que la conformación de nuevos núcleos residenciales tenga lugar en el mismo predio o terreno donde está ubicada la casa de la familia de origen, aspecto que da cuenta de formas de solidaridad e intercambio conformando redes de parentesco particulares, relacionadas a las formas de habitar estos espacios. J. Di Paula y S. Romero, *Producción familiar, intergeneracional e informal de la vivienda. Un estudio interdisciplinario*, Montevideo, REAHVI-Facultad de Arquitectura-Universidad de la República, 2008.

¹⁶ Prácticas informales consideradas trabajos por los sujetos, entre las que se pueden encontrar el “pedir una moneda” a los transeúntes en lugares céntricos o de mucha circulación, la venta ambulante en ómnibus, mandados o “changas”, entre otras. Fraiman y Rossal, *op. cit.*, 2011.

cador relevante en tanto pone en evidencia que a mayores niveles de exclusión social, más tempranamente ocurren los tránsitos hacia la toma de responsabilidades de la vida adulta.

Las trayectorias de emancipación entre hombres y mujeres de estos sectores comparten ciertos rasgos, pero también muestran diferencias: entre las mujeres un dato relevante es el momento en que se tiene el primer hijo, mientras entre los varones el punto de inflexión suele marcarlo el ingreso al mercado de trabajo. Y ambas situaciones son indicativas de concepciones de género dominantes que hacen de la moralidad del cuidado aquello que interpela fundamentalmente a las mujeres, y de la moralidad de la provisión lo interpelante para los varones.¹⁷

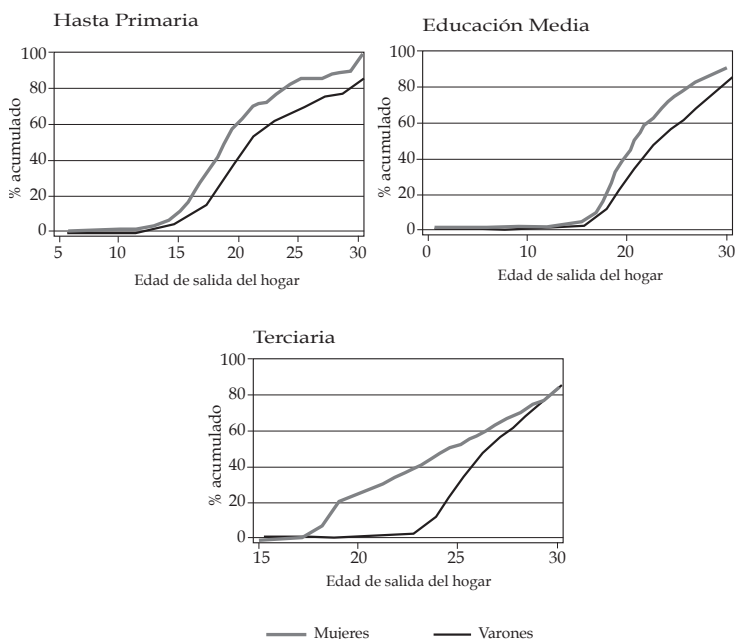
Sustentados en datos estadísticos, los estudios sociológicos que trabajan sobre estas cuestiones ponen en evidencia los aspectos señalados, tal como ilustran las gráficas (Véase gráficas 1, 2 y 3).

Vemos que este acontecimiento es notablemente anterior entre mujeres que solo han accedido a educación primaria en comparación a aquellas que alcanzan el nivel terciario. Asimismo, la edad al momento del primer empleo estable es anterior tanto en mujeres como en varones con menor nivel educativo alcanzado (los mismos que salen de sus hogares de origen más tempranamente) con respecto a otros que alcanzan niveles más altos, y se va dando cada vez más tardíamente a medida que el nivel educativo aumenta. La temprana desvinculación del sistema educativo deja entrever “moratorias sociales” menos extendidas, y en consecuencia, emancipaciones y transiciones a la adultez más tempranas en las trayectorias vitales de adolescentes y jóvenes de los sectores más vulnerables de Uruguay. En tal sentido no podemos dejar de lado que las formas en

¹⁷ G. Albano, L. Castelli y otros, “Caminando solos”, en *Fisuras. Dos estudios sobre pasta base de cocaína en el Uruguay*, Montevideo, FHCE-UdelaR-OUUD-JND, 2014.

que se construyen estas trayectorias tienen su correlato en dinámicas estructurales que en definitiva determinan la reproducción de la pobreza y la estratificación social.¹⁸

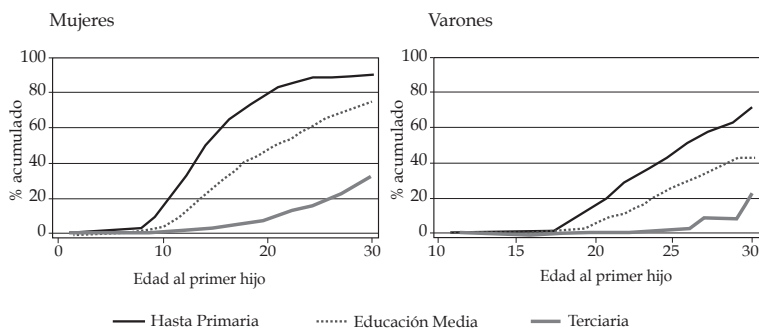
GRÁFICA 1
SALIDA DE HOGAR DE ORIGEN POR SEXO SEGÚN NIVEL EDUCATIVO ALCANZADO (% ACUMULADO A CADA EDAD)¹⁹



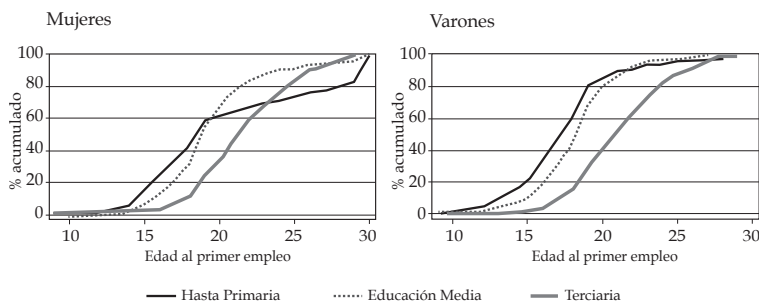
¹⁸ Los datos en relación a los vínculos con la enseñanza media son claros al respecto: “En el 2008 [...] la situación de los jóvenes urbanos de 20 a 29 años en Uruguay era la siguiente: el 97% egresa de Educación Primaria; el 23% egresa con rezago (repitió uno o más años en la escuela); inicia la Educación Media casi el 90%; de los que no inician Educación Media, dos de cada tres terminaron la escuela con rezago; de los que inician Educación Media, uno de cada tres aprueba el nivel; de los que aprueban el nivel medio, el 97% egresó de Primaria sin rezago”, en Filardo, *Transiciones a la adultez y educación*, op. cit., 2011, pp. 32 y 33. Estos datos nos dan una idea de cómo se estructuran los pasajes por el sistema educativo, y cómo en este transcurso buena parte de los adolescentes y jóvenes quedan en el camino.

¹⁹ Filardo, op. cit., 2011.

GRÁFICA 2
 EDAD AL TENER EL PRIMER HIJO POR NIVEL EDUCATIVO
 ALCANZADO Y POR SEXO (% ACUMULADO A CADA EDAD)²⁰



GRÁFICA 3
 EDAD AL PRIMER EMPLEO ESTABLE POR NIVEL EDUCATIVO
 ALCANZADO Y POR SEXO (% ACUMULADO A CADA EDAD)²¹



Sobre la misma temática, pero con otro enfoque, existen trabajos que, aunque basados en datos estadísticos, eligen

²⁰ *Ibid.*

²¹ *Ibid.*

centrarse en la asignación de pautas morales a los sujetos, antes que en los mecanismos de subordinación estructurales:

Hay modelos de relaciones de género y modelos entre padres e hijos que los niños absorben a través de su experiencia cotidiana en el hogar y que se constituyen en pasivos más que activos. Por ejemplo, la escasa valoración de la educación como vía de movilidad, la ausencia de una ética o disciplina de trabajo, la falta de respeto a normas mínimas de convivencia, la presencia de una concepción tradicional de la mujer vinculada a las tareas domésticas, el recurso a la violencia antes que a la persuasión para orientar los comportamientos de los hijos...²²

Este modo de enfocar los procesos de transición a la adultez si bien puede aportar datos significativos, no contribuye a la comprensión de modos en que se gestan y reproducen las condiciones de vida de los sujetos, puesto que construyen sus afirmaciones desde lejos, con metodologías incapaces de relevar sus producciones de sentido y, basados, por tanto, en proyecciones de etnocentrismo de clase. Es importante conocer alcances y limitaciones de cada enfoque metodológico, para conocer desde qué lugar se aporta a determinada cuestión.

En esta línea y vinculado al conocimiento de los sujetos a través de sus producciones de sentido, en aproximaciones etnográficas recientes se esboza una comprensión de modos de reproducción de ciertos “continuos de violencia”,²³ así como de moralidades y pautas de comportamiento de la porción de la población uruguaya más vulnerable, como son niños, adolescentes y jóvenes viviendo en las calles céntricas de la ciudad de Montevideo²⁴ y usuarios de pasta base de

²² Filgueira, Kaztman y Rodríguez, *op. cit.*, 2005.

²³ P. Bourgois, *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

²⁴ R. Fraiman y M. Rossal, *op. cit.*, 2011; R. Fraiman y M. Rossal, “Violencia estatal y

cocaína, adultos jóvenes en su mayoría.²⁵ En estos trabajos se pudo apreciar niveles de alteridad entre las moralidades y pautas de comportamiento de esta población con lo que podríamos llamar la moralidad dominante, aquella que constituiría un “activo”, en tanto favorecería el cumplimiento de objetivos educativos como vía de la movilidad social, la existencia de una ética del trabajo, el respeto a normas de convivencia, concepciones de género igualitarias y una orientación de los hijos no violenta (lo inverso del “pasivo” moral que cargarían los sectores sociales más vulnerables en la visión de Filgueira, Kaztman y Rodríguez):

Estos tres niveles de alteridad se relacionarían directamente con el lugar ocupado por estos sujetos en el espacio de la desigualdad social: (i) el sujeto más precario desarrolla su vida social en espacios más cortos de tiempo, planifica y reflexiona sus relaciones, ya sean laborales o afectivas, en términos más breves, habiendo efectos de realidad en los cuerpos como en la construcción de los ciclos de la vida; (ii) a nivel de las moralidades, la interpelación moral del cuidado y de la provisión con relación a los niños y adolescentes ocupa espacios de tiempo también más breves, que los que dictan las disposiciones legales en relación con los derechos de niños y adolescentes, así como con relación a la educación obligatoria; el correlato de esto es que el sujeto podrá comenzar a ser interpelado como cuidador (especialmente en mujeres) y como proveedor (fundamentalmente en varones) desde edades en las que sujetos de otros sectores sociales se encuentran bajo el cuidado y la provisión de sus mayores; los efectos de realidad de estas moralidades y las moralidades mismas se aprecian a lo largo de todo el trabajo; y (iii) el cuerpo de

construcción de la(s) juventud(es). Conocimiento etnográfico de algunos continuos de violencia”, en R. Paternain y A. Rico [coords.], *Uruguay: Inseguridad, delito y Estado*, Montevideo, Trilce, 2012, pp. 153-171.

²⁵ Albano *et al*, *op. cit.*, 2014.

la precariedad es castigado, estigmatizado y desprotegido, esto lo apreciamos directamente en la observación etnográfica y está a disposición de todo aquel que esté dispuesto a verlo. El sujeto más precario, de esta forma, corresponderá a las categorías laborales más precarias, reproducirá la capacitación mínima exigida para tales ocupaciones y su fuerza de trabajo estará, generalmente, sujeta a la informalidad o, incluso, a actividades delictivas. Sin contrato laboral, sin la protección estatal vinculada al mercado de trabajo formal, su vida laboral se ejercerá en el mercado informal y sus múltiples posibilidades.²⁶

MOVIMIENTOS JUVENILES, SUBCULTURAS Y TRIBUS

Los trabajos que enfocan a las juventudes en tanto movimientos sociales han sido intermitentes en el transcurso de las últimas décadas. Uno de los primeros antecedentes es el de Rodríguez²⁷ delineando la temática en un momento socio-político que ha sido caracterizado como “transición democrática”.²⁸ En ese momento los movimientos de jóvenes adquirirían visibilidad pública realizando manifestaciones como pintadas, marchas y teatro callejero en contra de las razias policiales que venían arrastrándose desde los años de la dictadura (1973-1985), dispositivo represivo que recaía especialmente sobre los sectores más jóvenes de la población uruguaya; por los mismos años se conformarán las primeras experiencias de radios alternativas, más adelante llamadas “comunitarias”,²⁹ integradas

²⁶ *Ibid.*

²⁷ E. Rodríguez, *op. cit.*, 1985.

²⁸ E. González, en G. Caetano y J. Rilla, *Breve historia de la dictadura*, Montevideo, EBO, [1987] 1998.

²⁹ L. Castelli, “Trayectorias de (re)organización: sobre la construcción del sentido de lo comunitario y el Movimiento de Radios Comunitarias en Uruguay”, en *Jornadas Académicas FHUCE 2013, V de Investigación y IV de Extensión, III Encuentro de Egresados y Maestrandos*, Montevideo, 2013.

en buena medida por los mismos adolescentes y jóvenes que se manifestaban en contra de las razias. Estos proyectos tomarán impulso a lo largo de los noventa, continuándose hasta el presente. También, hacia mediados de los noventa nos ubicamos en un contexto de importante movilización estudiantil³⁰ para lograr un diálogo nacional a propósito de la educación y su reforma, en contraposición a una reforma educativa que no consideraba a los estudiantes en tanto que interlocutores válidos; movilizaciones que repolitizaron el espacio público nacional en medio de los años noventa de impronta neoliberal y postpolítica.³¹

Es interesante observar las transformaciones que han sufrido los movimientos juveniles en sus discursos y reivindicaciones a lo largo de esta trayectoria.³² Entre los nuevos movimientos juveniles se encuentran los “cannábicos”, que sin duda han tenido una importante participación, junto a organizaciones de la sociedad civil y a sectores políticos, en la aprobación de la ley 19.172 de regulación y control de cannabis en diciembre de 2013.

En los hechos, la producción académica sobre movimientos juveniles no ha tenido la misma repercusión que otras perspectivas conceptuales, como aquellas que problematizan las juventudes en términos de culturas, subculturas y tribus. Estas últimas, a su vez, se han ido consolidando en las ciencias sociales en los últimos años, y se trata de enfoques que por cierto nos introducen en otros dilemas teóricos.

³⁰ F. Graña, *La movida estudiantil: un aprendizaje de convivencia y democracia*, Montevideo, Fin de Siglo, 1996; R. Zibechi, *op. cit.*, 1997.

³¹ C. Demasi, A. Rico y M. Rossal, “Hechos y sentidos de la política y la pospolítica”, en O. Brando [coord.], *Uruguay hoy. Paisaje después del 31 de octubre*, Montevideo, Ediciones del Caballo Perdido, 2004, pp. 7-77.

³² S. Aguiar, *op. cit.*, 2012; V. Filardo, *op. cit.*, 2012.

A propósito del término subcultura aplicada a los jóvenes – como puede ocurrir también en relación a otros sujetos, no casualmente estos otros “sujetos” de la subculturización suelen ser criminales o carcelarios –, es interesante notar que aún apropiando este enfoque con la intención de conocer sus especificidades en el contexto de un grupo social más amplio, se está contribuyendo a reproducir su condición de subordinación en la estructura social al entenderse los como una parte del todo, con prácticas y sentidos que se contraponen a los dominantes. Pensar en términos de culturas juveniles pareciera ser aún menos adecuado, en tanto los sujetos de estudio pasan a constituirse como otra cultura, una completa otredad.³³ Como se señaló, en nuestro país se han hecho algunos estudios en estas líneas, como los que se reúnen en (Filardo, 2007), los de Kaplún³⁴ y el de Maneiro³⁵ (2011).

En una línea próxima a la de estas perspectivas encontramos los estudios sobre “tribus urbanas”. Al igual que las nociones de culturas o subculturas juveniles, esta categoría es dentro

³³ Respecto a este punto resultan útiles las reflexiones de Grimson sobre las “distancias culturales” y las “distancias identitarias” retomando postulados vertebrales de la antropología. A. Grimson, “Culture and identity: two different notions”, en *Social Identities*, vol. 16, núm. 1, 2010, pp.63-79. Al respecto, puede verse también Kúper, quien explica con claridad cómo el culturalismo acaba contribuyendo con la esencialización de la alteridad cultural consolidando percepciones que toman a las distintas culturas como compartimentos estancos que pueden, entre otras cosas, favorecer o entorpecer el “desarrollo” o, constituir “activos” o “pasivos”; cuando en realidad lo que suele ocurrir son dinámicas culturales complejas no existiendo culturas prístinas e impolutas o “de la pobreza”, en A. Kuper, *Cultura. La versión de los antropólogos*, Barcelona, Paidós, 2001.

³⁴ G. Kaplún, “Culturas juveniles y educación: pedagogía crítica, estudios culturales e investigación participativa”, en *Los jóvenes: múltiples miradas*, Neuquén, UNC, 2004; G. Kaplún, *¿Educar ya fue?: culturas juveniles y educación*, Montevideo, Nordan Comunidad, 2008; G. Kaplún, “Culturas locales de jóvenes globales (o al revés)”, en R. Paternain y Á. Rico [coords.], *Uruguay: Inseguridad, delito y Estado*, Montevideo, Trilce, 2012, pp. 188-202.

³⁵ C. Maneiro, *La Subcultura Plancha en Uruguay. Entre la identidad y el estigma*, Saarbrücken, Editorial Académica Española, 2011.

de la trayectoria de las ciencias sociales, relativamente reciente. Por el contrario, el concepto de tribu a partir del cual se construye, es por mucho más antiguo y específico de los desarrollos de la antropología, utilizado desde los inicios de la disciplina al intentar definir las formas de organización social, económica y política de sociedades desconocidas en el mundo occidental. El neologismo fue introducido por Michel Maffesoli en 1988, en *Le temps des tribus: le déclin de l'individualisme dans les sociétés postmodernes*.³⁶ La tesis del autor va a señalar que la identificación de grupos susceptibles de denominarse “tribus”, en el corazón de las megalópolis actuales —aquellas que se situarían en las antípodas de las sociedades simples o sociedades sin Estado, que los antropólogos estudiaban a comienzos del siglo XX—, viene acompañada de reorganizaciones de las prácticas sociales que pueden considerarse entonces, en un determinado sentido, como prácticas tribales; de ahí la introducción del término “neotribalismo”.³⁷

El argumento de este planteo radica, para el autor, en una constatación empírica: el progresivo desapego o desafección de las grandes instituciones sociales, y en consecuencia, la (re)aparición de microgrupos en los más diversos campos sociales —“sexuales, religiosos, deportivos, musicales, sectarios”—. Es en estos microgrupos donde el tribalismo, entendido como “el reagrupamiento de los miembros de una comunidad específica

³⁶ M. Maffesoli, *El tiempo de las tribus*, Barcelona, Icaria, 1990.

³⁷ Maffesoli observa “la forma específica que adopta la socialidad en nuestros días: el vaivén masas-tribus. En efecto, a diferencia de lo que prevaleció durante los años setenta —con esos puntos fuertes que son la contracultura californiana y las revueltas estudiantiles europeas—, se trata menos de agregarse a una banda, a una familia o a una comunidad que de revolotear de un grupo a otro. [...] En realidad, contrariamente a la estabilidad inducida por el tribalismo clásico, el neotribalismo se caracteriza por su fluidez, sus grandes reuniones puntuales y su dispersión. Es así como se puede describir el espectáculo callejero de las megalópolis modernas. El adepto al *jogging*, el *punk*, el look *retro*, la gente *chic*, los cómicos callejeros, todos ellos nos invitan a un paneo incesante, en Maffesoli, *op. cit.*, 2000.

con el fin de luchar contra la adversidad que los rodea”,³⁸ emerge con nitidez.

La publicación de este trabajo puede considerarse el hecho fundante del desarrollo de una importante literatura dentro de las ciencias sociales, en la cual es posible observar la recurrencia con que se enfoca en algunos jóvenes – siempre los “raros” –, desde una mirada estereotipada y estereotipante: *planchas, emos, punks, skinheads, darks, góticos, floggers-*, al punto tal que la mayor parte de la producción sobre la temática hace alusión a estos sujetos. Tal conjunción entre enfoque conceptual y sujetos de estudio no pareciera ser mera coincidencia, y pone en relieve cierto “modismo” conceptual. Este no sería el aspecto más preocupante, sino, el hecho de que con relativa facilidad este enfoque puede encubrir determinados centrismos morales, generacionales y de clase que contribuyen a la construcción de una imagen exótica y esencialista respecto algunas estéticas, prácticas e identidades juveniles.

Tal aproximación arribará a nuestras latitudes no mucho tiempo atrás, y en efecto, los abordajes que retoman la aplicación del concepto de tribus urbanas ocurren casi exclusivamente del 2000 en adelante y durante la primera década del presente siglo; en los últimos años, sin embargo, pareciera haber caído en desuso. Entre las primeras publicaciones encontramos nuevamente una compilación de trabajos en Filardo,³⁹ donde si bien se reconoce que el concepto “tiene problemas operativos, tanto en su conceptualización como en su operacionalización [y que] la definición de qué es una tribu urbana y qué no lo es, [...] es ambigua y difusa”,⁴⁰ se argumenta que “el término es útil para ‘mirar’ una serie de fenómenos que están ocurriendo hoy en el mundo que aluden a nuevas formas de sociabilidad

³⁸ *Ibid.*, p. 6.

³⁹ Filardo, *op. cit.*, 2002,

⁴⁰ *Ibid.*, p. 6.

de los jóvenes”,⁴¹ sin ahondar al respecto. En este trabajo, como en otros que siguen su línea, se observarán a determinados jóvenes focalizándose en “elementos específicos que permiten diferenciarlos de otros – el lugar que ocupa en estos la música, la vestimenta, la estética, así como las prácticas y rituales que se significan en su interior –”.⁴²

Posteriormente, aparecerán trabajos de Horjales,⁴³ Farías,⁴⁴ Pérez,⁴⁵ de Souza,⁴⁶ Berro, Cohen y Silva,⁴⁷ Silva⁴⁸ y Cavagnis.⁴⁹ Desde enfoques tanto sociológicos y psicológicos de manera principal, pero también desde el trabajo social y la antropología, los estudios mencionados abordan aspectos tan heterogéneos como los *punks*, experiencias de adolescentes en el sistema penal, terapia familiar, movida electrónica en Montevideo, educación y manifestaciones contraculturales, encontrándose un hilo conductor a través de la conceptualización de tribus urbanas.

⁴¹ *Ibid.*, p. 7.

⁴² *Ibid.*, p. 14.

⁴³ R. Horjales, *La identidad del punk en Montevideo*, (tesis para obtener el grado de licenciado en Sociología por la Universidad de la República, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Sociología), Uruguay, 2004.

⁴⁴ E. Farías, “Tribus urbanas en Montevideo”, en *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, tomo VI, núm.1, 2005, pp.153-164.

⁴⁵ K. Pérez, *Tribus urbanas: una mirada conceptual y analítica con implicancias para el trabajo social*, (tesis para obtener el grado de licenciado en Trabajo Social por la Universidad de la República, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Trabajo Social), Uruguay, 2005.

⁴⁶ G. de Souza, *Montevideo electrónico: nuevas formas de comunicación juveniles*, Montevideo, Banda Oriental, 2006.

⁴⁷ G. Berro, J. Cohen, D. Silva, *Engarrados: relatos y experiencias de adolescentes en el sistema penal juvenil*, Betum San, Montevideo, 2008.

⁴⁸ V. Silva, “Tácticas y estrategias contraculturales: tribus, comunidades y creación antropófaga”, en J. Rasner, [comp.], *La comunicación en la era de la mundialización de las culturas*, Montevideo, UR-CSIC, 2009.

⁴⁹ M. Cavagnis, “Tribus urbanas: ética y estética en la terapia familiar con adolescentes”, en J. Cohen y L. Peluso [coords.], *Familias y sistemas*, Psicolibros Universitario, Montevideo, 2010.

Sin desconocer que en ellos se tocan aspectos novedosos que han servido al conocimiento de la(s) juventud(es) uruguaya(s), principalmente las capitalinas, entendemos de mayor pertinencia problematizar la construcción de identidades en términos relacionales; esto implica evitar reproducir marcos rígidos, al tiempo que se busca comprender las prácticas y universos de sentido a través de la aproximación a las trayectorias vitales de los sujetos, puestas en relación a procesos socio-culturales y moralidades que los trascienden, pero que los atraviesan.

JUVENTUDES, VIOLENCIAS Y ESTIGMAS

La consideración de los adolescentes y jóvenes como los sujetos peligrosos de los espacios urbanos uruguayos ha generado controversias a distintos niveles en el país. Joven pobre-delincente-drogadicto es la asociación discursiva que delinea el estigma que pesa sobre los pobres cuando son jóvenes.⁵⁰

Este asunto ha ingresado de lleno a la política electoral en el país. La recurrente apelación a la baja de la imputabilidad penal a los 16 años durante los últimos 80 años,⁵¹ como solución a los problemas de inseguridad en el país, toma en los últimos años el centro del discurso conservador, tornándose una iniciativa popular con apoyo entre ciudadanos de todos los partidos políticos, aunque dirigida por el sector más conservador del Partido Colorado (Vamos Uruguay) con el apoyo del sector herrerista (derecha) del Partido Nacional. El único sector

⁵⁰ Fraiman y Rossal, *op. cit.*, 2009; V. Filardo, S. Aguiar, G. Chouhy, E. Farías, C. Muñoz, L. Noboa, E. Rojido, P. Schinca, "Las clases de edad y el uso de los espacios urbanos. Análisis de cinco grupos de discusión", ponencia presentada en VI Jornadas de Investigación de Facultad de Ciencias Sociales, FCS, Montevideo, 2007.

⁵¹ L. Morás, *Los hijos del Estado: fundación y crisis del modelo de protección-control de menores en Uruguay*, Serpaj, Montevideo, 2012.

importante de los “partidos tradicionales” que no apoya la iniciativa es Alianza Nacional heredero del “nacionalismo independiente”, sector orientado al centro político desde mediados del siglo XX.⁵²

La iniciativa de baja de la imputabilidad penal es falaz en el sentido de que desde 2004, con el nuevo Código de la Niñez y la Adolescencia, los adolescentes son penalmente imputables desde los 13 años en un sistema de justicia penal para adolescentes, por lo cual lo que implica esta iniciativa es el tratamiento penal en los mismos términos que los adultos para los adolescentes entre 16 y 18 años que cometan delitos graves;⁵³ lo que se hace es pasar al sistema penal de adultos a adolescentes.

Montado en el estigma hacia los jóvenes pobres, se ha tejido en el país una “hegemonía conservadora”⁵⁴ que sustenta una “demagogia represiva”⁵⁵ que permitiría el crecimiento electoral de los sectores conservadores uruguayos con un programa de “mano dura”, “tolerancia cero” y “baja de la imputabilidad penal”.

En sustancia, en Uruguay se han aumentado las penas a los delitos contra la propiedad desde 1995 y, a partir de ese entonces también, ha venido subiendo la población carcelaria, pero

⁵² Los partidos tradicionales uruguayos, Partido Colorado y Partido Nacional han gobernado el país hasta el año 2004, salvo los períodos de gobierno militar, décadas de los setenta y ochenta del siglo XIX y XX. Aunque los gobiernos militares no impugnaron más que a sectores de dichos partidos y se apoyaron en políticos y técnicos que los integraban. Los sectores de los partidos tradicionales son relevantes en cuanto a lo ideológico pues éstos siempre han sido partidos *catch all*. Luego de la fundación del, hoy gobernante, Frente Amplio (1971) los partidos tradicionales han ido perdiendo sus sectores de izquierda quedando restringidos en su espectro al centro y la derecha.

⁵³ Rapiña (robo con violencia), homicidio, copamiento y violación. Los planteos que acompañan la iniciativa pueden verse en: <http://www.espectador.com/politica/237279/pedro-bordaberry-el-mensaje-por-la-baja-de-la-edad-de-imputabilidad-ya-no-nos-pertenece-a-los-dirigentes-politicos>

⁵⁴ R. Paternain, *Ya no podemos vivir así. Ensayo sobre la inseguridad en Uruguay*, Montevideo, Trilce, 2013.

⁵⁵ Fraiman y Rossal, *op. cit.*, 2012.

no los delitos.⁵⁶ Al mismo tiempo, adolescencia y juventud aumentan a medida que vamos hacia los sectores de mayor pobreza. Hacia el año 2003, más de la mitad de los niños y adolescentes eran pobres.⁵⁷

La salida de la crisis económica del año 2002, con el fuerte crecimiento económico del país, que ya lleva una década, además de una serie de políticas sociales que han minimizado a niveles históricos la indigencia y logrado el desempleo más bajo de la historia del país, no han revertido la existencia de miles de “parias urbanos”,⁵⁸ que viven en un ciclo de consumo problemático de pasta base de cocaína, recolección de residuos en los contenedores de basura, venta de plásticos y metales en depósitos más o menos informales en asentamientos irregulares⁵⁹ y compra de la sustancia en bocas de venta de la droga en esos mismos barrios, da una visibilidad constante a estos parias que son además los exponentes máximos del estigma.⁶⁰ Junto a ello, la escenificación televisiva de los delitos cometidos por menores de 18 años⁶¹ y los discursos vecinales en las instancias participativas barriales que reclaman mayor represión hacia las actividades, en general lícitas, de

⁵⁶ R. Paternain, *Panorama de la violencia, la criminalidad y la inseguridad en Uruguay*, MIPNUD, Montevideo, 2008.

⁵⁷ V. Amarante y A. Vigorito, *Evolución de la Pobreza en el Uruguay 2001-2006*. Instituto Nacional de Estadística (INE), PNUD, UNFPA, 2007. Disponible en: <http://www.ine.gub.uy/biblioteca/pobreza/Informe%20final%20pobreza%20y%20desigualdad.pdf> Consultado 10/05/2014

⁵⁸ L. Wacquant, *Parias urbanos: marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, Manantial, Buenos Aires, 2001.

⁵⁹ Cantegriles en el habla popular uruguaya.

⁶⁰ Albano, *et al.*, *op cit.*, 2014.

⁶¹ El homicidio en el marco de una rapiña en un restaurante de Montevideo fue mostrado cientos de veces en los tres canales privados más importantes de Uruguay y todas las voces públicas se alzaron en rápidas demostraciones de sociología salvaje, analizando el hecho como producto de la “droga” y la “falta de valores” así como del reclamo de penas más duras. En http://180.com.uy/articulo/26151_Asesinato-de-trabajador-de-La-Pasiva-moviliza-a-la-Policia

los jóvenes en el espacio urbano,⁶² configuran una “hegemonía conservadora”⁶³ que se nutre de una alterofobia⁶⁴ hacia los adolescentes, jóvenes, pobres y “adictos”.

Efectivamente, una porción de los delitos son cometidos por adolescentes, pero ello no ha crecido en relación con otros tiempos, por otra parte, los consumidores problemáticos de pasta base de cocaína no son hoy en su mayoría menores de edad, teniéndose un promedio de edad de 29 años para tales consumidores.⁶⁵ Por tanto, la asociación discursiva entre consumo problemático de pasta base, delito y minoridad infractora no es consistente, aunque sí existan usuarios problemáticos que cometen pequeños delitos contra la propiedad e incivildades en las calles, pero éstos son mayores de edad en general. Así como también hay adolescentes que cometen delitos, en general, varones, pobres y desafiados del sistema educativo, pero que no son consumidores problemáticos de pasta base de cocaína.

De todos modos, que la asociación discursiva sea consistente o no, no hace a que resulte eficaz en tanto que discurso político, puesto que éste tiene su confirmación cotidiana en la escenificación periodística de las monstruosidades de adolescentes y “pastosos”,⁶⁶ aunque sean sujetos diferentes.

A MODO DE CONCLUSIÓN

A lo largo del texto hemos tratado de recorrer los diversos enfoques que, en el transcurso de las últimas décadas y acom-

⁶² Fraiman y Rossal, *op. cit.*, 2013.

⁶³ Paternain, R., *op. cit.*, 2013.

⁶⁴ T. San Román, *Los muros de la separación: Ensayo sobre alterofobia y filantropía*, Barcelona, UAB, 1996.

⁶⁵ H. Suárez y J. Ramírez, Los desposeídos, en *Fisuras. Dos estudios sobre pasta base de cocaína en el Uruguay*, Montevideo, FHCE-UdelaR-OUJ-JND, 2014.

⁶⁶ Usuario problemático de pasta base de cocaína fuertemente estigmatizado.

pañando procesos jurídicos globales, han delineado la(s) juventud(es) uruguaya(s). Nos encontramos con un conocimiento heterogéneo que permite observar la pluralidad en que la(s) juventud(es) se desdobra(n) en relación a los escenarios socio-históricos, pero evidenciando fundamentalmente cómo las construcciones simbólicas sobre la niñez, la adolescencia y la juventud en los hechos ocurren de formas desiguales entre los distintos sectores sociales; desigualdades que, a su vez, ni las políticas públicas ni la institucionalidad desarrollada en los últimos tiempos ha logrado subsanar.

Los adolescentes y jóvenes ubicados en las posiciones sociales más vulnerables tienen trayectorias de vida desiguales —no tan solo diferentes—, en tanto sus posibilidades de emancipación y tránsito a la adultez están (sobre) determinadas por factores estructurales tales como la necesidad de ingresar al mercado laboral tempranamente, cuidar de sus hijos o de otros familiares, desvinculándolos de un sistema educativo, a su vez, poco amigable con ellos. Es así que las moralidades por las que estos sujetos se sienten interpelados contribuyen significativamente a posicionarlos en el espacio social como adultos, en edades consideradas hegemónicamente como juveniles. Y son estas mismas moralidades las que encuentran su contraparte en los discursos conservadores que reclaman más represión, aumento de las penas y baja de la edad de imputabilidad a los 16 años.

Así, mientras las idealizaciones contemporáneas construyen la imagen de una juventud extendida y plena de derechos, en los hechos, la juventud de los más vulnerables se restringe, más allá de los esfuerzos de las políticas públicas, a una experiencia efímera y desprotegida.